

El mercado más grande del mundo

Jorge Vázquez Ángeles



Fotografías: cortesía de Jorge Vázquez Ángeles

A Elena Casanova

1. Incendio el día de mi cumpleaños

Hacia finales de los años ochenta, con toda seguridad por razones económicas, mi madre se acostumbró a visitar todos los sábados el mercado de La Merced. Acompañada de Chayo, una vecina, muy pronto se habituó a los pasillos estrechos, a la oscuridad de la Nave Mayor, al gentío y a los empujones de los diablos, quienes, para ahorrar fuerzas, rara vez recitaban el clásico “ahí va el golpe”. Su radar le permitía ubicar a sus marchantes con la precisión de un GPS y, que yo recuerde, jamás se perdió entre esa selva de locatarios, carnes, dulces y legumbres.

De vez en cuando mi hermano y yo la acompañábamos (recuerden que en los ochenta el tiempo transcurría muy lento y no había mucho que hacer), así como el hijo de la vecina. Tomábamos el metro en Tacubaya y recorríamos las diez estaciones de distancia hasta percibir ese penetrante olor a cebollas que inundaba el andén de una de tantas diseñadas por Félix Candela, arquitecto cuya obra, por desgracia, aspira fuertemente al anonimato, ese limbo arquitectónico parecido a la liga de ascenso del fútbol nacional.



Luego de traspasar los torniquetes, antes de cumplir diligentemente con la inescrutable lista de mi madre, degustábamos un huarache o un sope en El Oasis del Metro, cochambroso establecimiento de antojitos mexicanos.

Ni siquiera en la universidad despejé de mi cabeza la imagen de La Merced: lo recordaba como un sitio desordenado y sucio, tapizado de cables, modernas telarañas; pisos húmedos e infinitas salidas que no conducían al exterior ni a ningún otro sitio que no estuviera ocupado por centenares de puestos, mercancías, personas y diablos. Ir a La Merced era no ver la luz del día. Por eso nunca percibí los “cascarones” de Félix Candela ni tampoco el ritmo de la celosía de tabique de las fachadas principales, ni ningún otro detalle de uno de los proyectos de reordenamiento urbano más importantes y significativos de las presidencias revolucionarias del PRI. Hasta que el 27 de febrero de 2013, día de mi cumpleaños número 36, La Merced volvió a incendiarse, evento que se ha vuelto una costumbre gracias a la complacencia de las autoridades y a la apatía de una sociedad acostumbrada a contemplar la destrucción de todas las cosas.

II. El mercado más grande del mundo

De acuerdo con la prensa de la época, la inauguración de La Merced fue una celebración popular donde el presidente Adolfo Ruiz Cortines fue vitoreado por más de cincuenta mil personas. El 23 de septiembre de 1957 fueron estrenados a las diez de la mañana, además de La Merced, el mercado de Jamaica, la nueva Calzada de la Viga y el sistema de abastecimiento de agua de “El Peñón”. Un día antes, y por órdenes presidenciales, se habían repartido dos mil pantalones y chaquetas de mezclilla para uniformar a los cargadores del viejo mercado, a quienes se dotó de quinientas carretillas para que desempeñaran su trabajo dignamente y dejaran de ser tratados como bestias de carga.

No deja de ser irónico que los discursos de inauguración del entonces mercado más grande del mundo resaltarán que con su puesta en operación se eliminaban “centros de vicio, prostitución y focos de criminalidad”, como dice un artículo publicado en el periódico *El Nacional*:

De esta manera ha presenciado la metrópoli una transformación rehabilitadora y la erradicación de vicios y lacras que eran motivo de descrédito





para la ciudad capital de la República, sede de los Poderes de la Unión. Centenares de calles, plazas y avenidas, monumentos arquitectónicos, etc., etc., han quedado al descubierto ante el asombro de la presente generación metropolitana que los desconocía porque estaban cubiertos por barracas y otros deprimentes obstáculos, en medio de la peor de las promiscuidades y la antihigiene. En los nuevos mercados, dotados con guarderías infantiles y bajo un reglamento disciplinario ejemplar, se desenvolverá la nueva vida comercial de los locatarios, en un ambiente de decencia y cultura, que se impartirá a sus pequeños hijos para que sean los ciudadanos que dignificarán a México en el futuro.¹

El conjunto de La Merced consistía en siete estructuras para 5,825 comerciantes, en una superficie de 500 mil metros cuadrados: la Nave Mayor, que fue diseñada para albergar tres mil doscientos cinco comerciantes de fruta, verduras y legumbres; la Nave Menor, con capacidad para cuatrocientos noventa y seis comerciantes en abarrotes, carnicerías, pescaderías y similares; un Anexo, con 179 locales para hojalatería, jarcia y

talabartería; la cuarta, con 217 puestos para loncherías y “refresquerías”; la quinta, con 106 expendios para la venta de flores; la sexta, llamada Mixcalco, con 905 locales para la venta de ropa, calzado y mercería; y la séptima, en Fray Servando Teresa de Mier y Calzada de la Viga, para 417 comerciantes de juguetes, ropa y herbolaria.²

Enrique del Moral (1905-1987), quien junto con Mario Pani había diseñado el plano de conjunto de Ciudad Universitaria, se hizo cargo de la obra. Para resolver el largo edificio de la Nave Mayor, la construcción más emblemática del conjunto por sus 400 metros de longitud y las celosías de tabique hueco que permitían la iluminación del interior, Del Moral confió la techumbre al habilidoso Félix Candela, quien por medio de una serie de cascarones de concreto resolvió la cubierta de un edificio de más de 100 metros de anchura. Este sistema permitía la ventilación e iluminación natural del edificio, y gracias a los tensores que mantienen rígidos a los cascarones, éstos no se unen con las paredes exteriores, lo que da un efecto inigualable de ligereza. Los cascarones, vistos de perfil desde la calle de General

¹ *El Nacional*, 24 de septiembre de 1957.

² *Íbidem.*

Anaya o la Cerrada Rosario, parecen imitar el vuelo de las gaviotas.

III. David Copperfield, el mago, no estuvo en La Merced

Ruiz Cortines habló a la multitud arriba de un templete instalado frente a la Nave Mayor, en el cruce de las calles Pradera y General Anaya. Se trata de un sitio impreciso, inexistente en la actualidad. Ni siquiera Pradera podría localizarse, aunque aparece en la Guía Roji y no así en Google Maps. ¿Cómo hizo David Copperfield para desaparecer la neoyorquina Estatua de la Libertad? Lo mismo cabría preguntarnos para saber cómo es que una construcción de 400 metros de longitud desapareció en La Merced. Y no me refiero al incendio que arrasó más de la mitad del edificio, sino a la expansión incontrolada del comercio informal, que tras apoderarse de pasillos y salidas, ha absorbido las siete estructuras del proyecto original, tapándolas con lonas, cuerdas, techumbres de materiales y alturas distintos. El desorden que quiso regularse en 1957 no tardó en regresar con una fuerza imparable que hará muy difícil que medio siglo después desaparezca del todo.

En uno de los edificios originales, el destinado a la venta de hojalatería, la placa que da fe de la inauguración de Ruiz Cortines durante esa calurosa y efusiva mañana de 1957 ha quedado parcialmente oculta por

un puesto de cucharas, ollas de peltre y un comerciante mal encarado que me mira con desconfianza. Ése el tamaño del cinismo y de la apatía.

IV. El silencio

Estaba seguro de que el policía no me dejaría cruzar la delgada línea naranja que pretende separar el desastre de la vida cotidiana. Mientras aguardo su respuesta, un merolico convence a sus espectadores de las bondades de un agua milagrosa que lo mismo cura jiones que piedras en el riñón. El policía me dice que sí, y de inmediato pienso si debo darle una propina para agradecer su autorización. Mientras camino dentro de la nave vacía y contemplo la devastación, observo las deformaciones causadas por el fuego: los cascarones parecen de chicle. No puedo dejar de reconocer que gracias al incendio me es posible admirar la amplitud de los pasillos concebidos por Enrique del Moral. También puedo ver, por primera vez, la amplia celosía, antes blanca y ahora tiznada de cenizas, que se pierde en el horizonte.

El silencio que reina dentro de la carbonizada Nave Mayor es especial. En su ruina conserva la dignidad de la decrepitud involuntaria, causada por fuerzas ajenas. Me pregunto qué sentirá un arquitecto cuando contempla “modificaciones” a su obra, o cuando es destruida por la indiferencia.

Afuera, un altavoz lejano me responde: “Escándalo, es un escándalo”. ▲▲

